

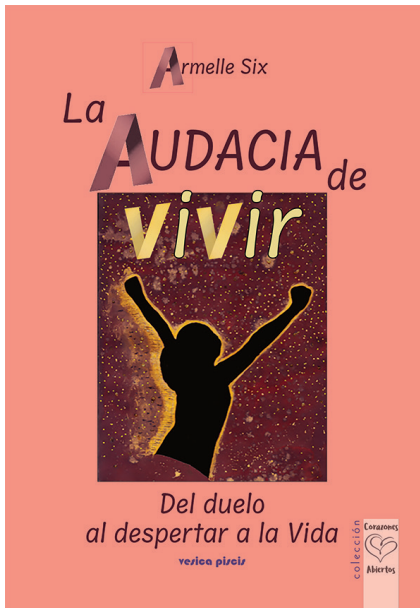

**Vesica Piscis**

EDICIONES

## LA AUDACIA DE VIVIR

### Del duelo al despertar a la Vida

*Armelle Six*



### El libro

Este libro es un homenaje a Gauthier, un bebé de 13 meses que revolucionó la vida de su madre y que puede hacer lo mismo con la tuya.

Armelle no habría tomado este camino si no hubiera experimentado la muerte repentina y brutal de su hijo. Su historia muestra cómo una experiencia tan dramática como la pérdida de un hijo puede conducir a un amor aún mayor. No sólo sobrevivió a la muerte de su hijo cuando pensaba que no podría hacerlo, sino que también tomó consciencia de su Verdadera Naturaleza y descubrió una alegría y una paz que nunca antes había conocido.

Armelle comparte generosamente su historia y ofrece una nueva perspectiva sobre la muerte y, sobre todo, sobre la vida. Nos invita a aprender a escuchar la sabiduría a la que todos tenemos acceso y a vivir una vida de inspiración, no de obligación.

### La autora



Visionaria e intuitiva, Armelle enseña desde hace 10 años a despertar a la verdadera naturaleza, a escuchar la vida y a estar presente a diario, así como a ser padres conscientes.

Ha creado «Movimiento de vida» y «Be&Move», dos prácticas de movimiento para ayudarte a volver a ti mismo.

Ha viajado a muchos países para compartir su alegría innata que es sin razón y la paz que sustenta todas nuestras experiencias.

Su presencia, su dulzura, su naturalidad y su sencillez conmueven a todos los que la conocen.

Según ella, estamos aquí en la Tierra con el objetivo de despertar a Quiénes Somos y vivir desde ese espacio.

Armelle Six lleva enseñando el despertar a la Verdadera Naturaleza desde 2010 y acompaña a todas aquellas personas que sienten la llamada a vivir una vida con sentido, una vida de inspiración y no de obligación, ¡una vida que marque la diferencia!

**Ediciones Vesica Piscis**
**contactos :**
[www.vesicapiscis.eu](http://www.vesicapiscis.eu)

 email : [administracion@vesicapiscis.eu](mailto:administracion@vesicapiscis.eu)

contacto prensa: +34 626 535 192

Autor : Armelle Six

Colección: Corazones Abiertos

Formato: 15 x 21 cms

Interior: 146 páginas

Cubierta: Cartulina Gráfica brillo

P.V.P.: 12,5 €

ISBN: 978-84-15795-41-4

**Vesica Piscis**  
 EDICIONES



**Vesica Piscis**

EDICIONES

## LA AUDACIA DE VIVIR

### Del duelo al despertar a la Vida

*Armelle Six*

#### Índice

Dedicatoria  
 Agradecimientos  
 Introducción  
 La hora más oscura  
 La llamada de mi alma  
 El regalo de Gauthier  
 Cambios espectaculares  
 Comunicación ininterrumpida con gauthier  
 El caos emocional del proceso de duelo  
 El momento de la elección  
 Ser fiel a uno mismo  
 Un sueño hecho realidad  
 Ninguna puerta está cerrada  
 Reconocer lo que sabemos  
 En casa  
 Los demás como espejo de nosotros mismos  
 Escuchar y seguir  
 Pide y recibirás  
 Lo que vive para siempre  
 Los regalos del universo  
 El sufrimiento está en nuestros pensamientos  
 Al encuentro del vacío  
 Seguir la corriente  
 Miedo y duda  
 Cómo confiar cuando ocurre lo peor  
 Responder a la llamada  
 Mi periodo místico  
 El sentido de mi vida  
 El adiós de Gauthier  
 Mi vida hoy  
 Confía en ti mismo  
 Un mensaje de amor y esperanza  
 Epílogo  
 Poema para gauthier  
 El silencio  
 Otros libros de la autora  
 Bibliografía  
 Otros libros de misma editoria

#### EXTRACTO

**E**n 2001, mi hijo Gauthier murió repentinamente. Fue la experiencia más dolorosa que he vivido nunca. No estaba segura de poder afrontarlo, pero mientras luchaba con esta nueva realidad, descubrí una forma de vivir completamente diferente. Me familiaricé con una voz dentro de mí que no conocía. También aprendí que incluso cuando el cuerpo desaparece, la comunicación no se interrumpe.

El increíble viaje que comenzó tras la muerte de Gauthier me llevó a una paz y una felicidad que no sabía que eran posibles. Empecé a vivir una vida de inspiración y alegría, una vida sin esfuerzo. Descubrí que la parte eterna de nosotros nunca muere y volví a conectar con mi Verdadera Naturaleza. Esto cambió por completo mi perspectiva de la vida. Incluso mientras experimentaba la mayor pérdida que una madre puede conocer, descubrí la verdad de mi Ser y me encontré conmigo misma como nunca antes.

Por improbable que parezca, fue Gauthier, mi difunto hijo, quien me enseñó estas lecciones.

Este libro es, pues, la historia de una madre para la que la fuerza de la vida, la aventura y la alegría de ser se encuentran con el llanto, la agonía y la desesperación, y abren entonces nuevos horizontes. También es la historia de su luminoso hijo, que siguió redefiniendo la vida más allá de su muerte.

La muerte no es lo que parece. Aunque el cuerpo físico de una persona ya no esté con nosotros, su espíritu —el espíritu que todos somos, la Unidad, nuestra Esencia— sigue vivo y permanece para siempre.



El dolor que sentimos, que es tan real y abrumador, tiene mucho más que ofrecernos. La vida de la persona cuyo cuerpo físico hemos perdido tiene aún mucho más que enseñarnos.

Tras la muerte de Gauthier, recibí un regalo que puede abrir nuevas posibilidades. Descubrí y experimenté que somos más que nuestro cuerpo. Somos el espacio en el que nos bañamos. Somos la Vida misma. Y el viaje que es nuestro paso por la tierra consiste en recordar esto, en volver a Quienes Somos Realmente, en vivir en paz y armonía con todo y con todos, respetándonos a nosotros mismos, al mundo que nos rodea y a los demás, disfrutando de cada momento.

## LA HORA MÁS OSCURA

Gauthier era un niño extraordinario. Era muy feliz, siempre sonreía. El día antes de ir a urgencias, él, su padre y yo fuimos a dar un paseo por el río Mosa, el río que pasa justo por debajo de donde vivíamos. Aún no lo sabíamos, pero era nuestro último paseo. Gauthier había dado sus primeros pasos un mes antes, y esa tarde estaba entusiasmado por caminar solo. Se paraba aquí y allá a jugar con los «ca-ca-ca», es decir, los guijarros; y, como siempre, le hacía mucha ilusión ver a los «ca-ca», que eran los patos. Gauthier empezaba a hablar cada vez más y era tan dulce oírle crear sus propias palabras para comunicarse con nosotros.

Marvin, su padre, y yo llevábamos enamorados desde que yo tenía seis años y él siete. Cuando yo tenía diecisiete, a las puertas de los exámenes finales y de la graduación, habíamos empezado una relación sentimental. Éramos muy diferentes, ¡y nos llevábamos tan bien! Nunca discutíamos ni nos enfadábamos. Todo era fácil, como debía ser. Me sentía amada como nunca y yo también le amaba a él. Hacíamos la mayoría de nuestras actividades juntos y nuestro grupo de amigos nos consideraba la pareja perfecta.

Llevábamos cuatro años juntos cuando decidimos tener un hijo. Me quedé embarazada enseguida y nos hizo muy felices. En febrero de 2000 nació Gauthier. Durante los trece primeros meses, todo fue perfecto. Descubrí una paciencia que nunca había imaginado. De hecho, durante el embarazo había temido varias veces no tener suficiente. Me veía a mí misma con los hijos de los demás cansándome muy rápidamente. Pero en cuanto salió de mi vientre, todo eso desapareció. Y Marvin fue el padre maravilloso que yo sabía que sería. Era la felicidad completa.

Esa misma noche, el 4 de abril de 2001, Marvin volvió del entrenamiento de fútbol y oyó a Gauthier llorando en su cama. Fue a ver qué pasaba. Yo no le había oído. Gauthier había vomitado.

Llamamos al médico -también era mi médico de cabecera desde niña- y vino a casa. Después de examinar a Gauthier, me dijo que tenía gastroenteritis. Gauthier ya la había padecido otras dos veces y se había recuperado rápidamente, pero por alguna razón yo estaba preocupada. No era habitual en mí, porque como madre normalmente estaba bastante relajada.

Le conté al médico mi preocupación y me dijo que no había nada de qué preocuparse, que no había ningún signo de meningitis. En aquel momento ni siquiera sabía lo que era, pero me tranquilizó. Me dijo que le diera a Gauthier el medicamento que aún tenía y me dejó una nueva receta si por alguna razón el tratamiento no funcionaba.

Esa noche Gauthier durmió con nosotros en nuestra cama. Se movía mucho, lo que no era habitual en él. Y se despertó encima del edredón, boca abajo. Tenía fiebre, pero no demasiada. Le di su medicina y luego un baño para bajarle la fiebre.

Tenía retortijones, se movía mucho y lloraba, así que le di un masaje en el estómago. Sentía que Gauthier no reaccionaba igual que las otras dos veces que había estado enfermo, así que me quedé con él toda la mañana, yo en el sofá, él en brazos.

Notaba que algo iba mal, pero no sabía qué ni qué hacer. Esa misma mañana llamé a su pediatra y le pedí que viera a Gauthier lo antes posible. Me dijo que no podía hasta las 5:30 porque estaba saturado y su sala de espera estaba llena.



Le dije que estaba preocupada porque Gauthier no actuaba como de costumbre y tenía un ojo más cerrado que el otro. El pediatra me dijo que no me preocupara, que le diera otro baño para bajarle la fiebre, que siguiera masajeándole la barriguita como hasta entonces y que no había mucho más que hacer. Insistí en que nos viera antes, pero no quiso adelantar la cita.

A las dos de la tarde, Gauthier no parecía mejorar y había vomitado sus medicamentos dos veces. Esto tampoco había ocurrido en ocasiones anteriores. Así que decidí ir a buscar la nueva receta que me había dado el médico. Mientras le vestía para ir a la farmacia, me sorprendió y aterrorizó comprobar que ya no podía sentarse. Cuando lo senté en la mesa para ponerle la chaqueta, como hacía siempre, se cayó hacia atrás. Al principio me sentí mal porque se había golpeado la cabeza, pero sobre todo me preocupé cada vez más porque no entendía qué estaba pasando. Sus reacciones motoras ya no parecían funcionar. Sentía tensión en el estómago, en el corazón y me sentía paralizada.

Se lo conté a la farmacéutica. No sabía de qué se trataba, pero me aconsejó que fuera al pediatra. Su consulta estaba de camino a casa, así que me detuve al final de la calle. Quería salir, ir a su consulta y decirle que viera a mi hijo, aunque había dicho que no podía. Sentía que lo que estaba pasando con Gauthier no era normal. Pero no me atrevía a salir del coche. Me había dicho que no. No me atreví a molestarlo. Y me fui a casa sintiéndome fatal.

Sentía que lo que estaba pasando con Gauthier no era normal. Pero no me atrevía a salir del coche. Me había dicho que no. No me atreví a molestarlo. Y me fui a casa sintiéndome fatal.

Ese día no había ido a trabajar. En cuanto llegué a casa, mi colega me llamó para preguntarme cómo estaba. Le conté todo lo que había pasado. Estaba preocupada desde el día anterior, no sabía por qué, pero nadie me había hecho caso. Mi colega sí lo hizo y me dijo que, si él se encontrara en mi situación, llevaría a Gauthier directamente a urgencias.

Solo años más tarde me di cuenta de hasta qué punto el apoyo de mi colega me había permitido actuar,

ya que confirmaba la sensación que había tenido desde el primer síntoma de Gauthier y mi inusitada ansiedad del día anterior. Era el único que realmente me había escuchado. Y sentirme correspondida en mi inexplicable sensación me había permitido confiar en mí misma y pasar a la acción.

Había estado tan acostumbrada de niña y adolescente a que me dijeran que lo que sabía en mi corazón no era cierto, que había aprendido a ignorar mi intuición. Mis padres me habían dicho tantas veces que yo no tenía nada que decir, que mientras viviera bajo su techo, no tenía ni voz ni voto, que no escuché ni di importancia a esos sentimientos. Como mis sentimientos rara vez habían sido validados o tenidos en cuenta, ya no confiaba en ellos. Mi educación me había llevado a dar mi poder a la autoridad externa. La razón por la que no pude salir del coche aquel día fue porque alguien a quien yo veía como una autoridad me había dicho que no estaba disponible y que no podía atenderme antes. Había intentado hacerme oír, pero ante su insistencia, cedí, aunque sabía en mis entrañas que algo iba mal.

En cuanto mi colega me apoyó en mis sentimientos, decidí llevar a Gauthier al hospital. Como ya no podía sentarse, lo acosté para ponerle la chaqueta. Cuando abrí la puerta para salir, venía Marvin. Le conté lo más rápido que pude lo que pasaba y que teníamos que ir a urgencias. Subimos al coche. Marvin conducía mientras yo sostenía a Gauthier en brazos. En todo el día no había pensado ni por un momento en llamarle. Era como si una parte de mí se hubiera congelado.

Cuando llegamos, examinaron a Gauthier inmediatamente. Le sometieron a una batería de pruebas mientras las enfermeras me interrogaban como si fuera una criminal. Fue una experiencia horrible. Los médicos no sabían qué le pasaba. No veían nada. Le dieron los ocho antibióticos más fuertes disponibles en ese momento y llamaron al Hospital Infantil Universitario de Bruselas.

En Dinant no podían hacer más, porque no tenían la experiencia necesaria para darle los cuidados que necesitaba.

Mientras esperábamos a que llegara la ambulancia, nos sentamos junto a Gauthier, lo cogimos de la mano y hablamos con él. El estado de su ojo seguía preocupándome. Una pupila era normal, pero la otra estaba muy dilatada.

La ambulancia llegó en menos de una hora. La pediatra del hospital universitario era una mujer de voz suave, al contrario que las dos enfermeras que me habían interrogado antes sobre lo que había pasado aquel día y por qué no había llevado antes a Gauthier a urgencias. Durante mucho tiempo me quedé con la sensación de haber hecho algo mal y con la culpa de no haber acudido antes a urgencias.

La pediatra nos informó de que había que llevar a Gauthier a Bruselas. Le dije que quería subir con él a la ambulancia. No era posible porque no había sitio, me contestó. Me explicó que Gauthier estaría en coma durante el traslado para asegurarse de que no ocurriera nada que no pudieran solucionar de camino al hospital. Dijo que era el procedimiento habitual en estas situaciones y nos aseguró que Gauthier se despertaría al llegar a Bruselas.

Nos aconsejó que volviéramos a casa, que preparáramos ropa suficiente para nosotros para unos días y dos pijamas para Gauthier y luego condujéramos despacio hasta el hospital, porque nuestro pequeño nos necesitaría. Entonces besé a Gauthier en la frente y en la mejilla y le dije que nos volveríamos a ver dentro de dos horas porque no podía ir con él en la ambulancia, aunque se lo había pedido. Le dije que le quería. Cuando estaba en la puerta, lista para salir, me tendiéndome a decirle que le quería y que le vería pronto y entonces la pediatra cerró la puerta.

Fue la última vez que oí la voz de Gauthier. Nunca despertó del coma en el que le habían sumido.

Cuando llegamos al hospital, tuvimos que esperar más de tres horas antes de que nos permitieran ver a nuestro hijo. Al día siguiente le operaron de urgencia para ponerle un drenaje en el cerebro. Fue horrible. Mi hijo... ¿Qué estaba pasando? Seguíamos sin saber qué pasaba. Y los médicos seguían sin saber qué le pasaba.

Durante los siguientes cinco días solo dormí una o dos horas aquí y allá. La segunda noche, una enfermera me mandó a una habitación de la planta de abajo, pero a los treinta minutos estaba de vuelta arriba, llena de culpa por haber estado a punto de dormirme. ¿Cómo iba a dormir si mi hijo estaba en coma? Tampoco comía, no podía hacerlo. Mi amiga Caroline había ido a buscarme un bocadillo al tercer día y después de dos bocados me había detenido, con la misma culpa. ¿Cómo puedo seguir viviendo cuando Gauthier está entre la vida y la muerte? Me quedé en suspenso.

Cada día le hacían nuevas pruebas. Tenía un tubo en la cabeza porque tenía un edema cerebral. Los médicos barajaban varias posibilidades, pero seguían sin poder darnos un diagnóstico definitivo. De hecho, no sabían lo que pasaba.

Nuestros familiares y nuestros amigos, Bastien y Caroline, con los que estuvimos todo el tiempo, vinieron todos los días a apoyarnos y a ver a Gauthier. Mi hermana y su marido vinieron de París, donde vivían por un tiempo indefinido para estar cerca.

Al cuarto día, la jefa de pediatría nos pidió a Marvin y a mí que fuéramos a su despacho.

Quería hablar con nosotros, ponernos al corriente de la situación. Nos dijo que los médicos habían hecho todo lo posible, pero que el cerebro de Gauthier no mostraba ninguna actividad; solo estaba vivo porque el respirador hacía el trabajo por él. Si paraban la máquina, Gauthier dejaría de respirar.



